



► 9 Marzo, 2022



CRISIS INVASIÓN

Amor a refugio de Putin

Andrey, ucraniano, y Eva, rusa, se conocieron en Madrid. Antes de la guerra, los dos huyeron de los planes del presidente ruso

POR JUAN DIEGO MADUEÑO

Andrei, con una bandera de Ucrania, y Eva, con una de Rusia, en su casa de Villaverde.
ANTONIO HEREDIA



▶ 9 Marzo, 2022

SOCIEDAD INVASIÓN RUSA DE UCRAINIA

«Putin está actuando peor que Hitler»

VIENE DE PÁGINA 1

Eva, suscrita a varios grupos ucranianos de Telegram, dedica los días a cribar información acerca de la invasión rusa. Comparte imágenes en las stories de Instagram. Reenvía a sus padres, Eugeniy y Marina, lo que encuentra. «Así pueden compensar la propaganda que reciben», señala. Antes vivía con ellos en Chelyabinsk, la ciudad que franquea la frontera con Kazajistán, situada a 1.800 kilómetros de Moscú, en el interior del país.

Andrey está preocupado por el destino de Natalia, su madre. «No hablo con ella desde el lunes. No hay cobertura. Los rusos han ocupado mi ciudad y la han dejado sin cobertura», explica. Melitópol, donde nació hace 30 años, apunta al Mar de Azov. Está cerca de la península de Crimea. Es uno de los puntos de Ucrania asediados y apagados por la artillería de Putin.

Eva, rusa, y Andrey, ucraniano, son la pareja madrileña que vacía el conflicto. Depositaria de las angustias orientales que recorren el continente. Al huir del presidente ruso, los dos se encontraron en la diáspora española en 2019. Viven en Villaverde, donde han construido un refugio a salvo de los planes interiores y exteriores del hombre que amenaza a Occidente. Ella, de 25 años, actriz en paro, escapó de su hegemonía. «Cuando era adolescente mi padre me aconsejó abandonar el país. Sabía que se iba a convertir en una dictadura». Él tiene 30. Es profesor particular de piano y canto. Participa en el coro de la iglesia rusa ortodoxa de Hortaleza. Huyó cuando Rusia arrancó el primer pedazo a Ucrania. «Abandoné el país en 2015. Vine como solicitante de protección internacional. Viví en un centro de refugiados en Getafe. Poco a poco encontré mi camino».

En la primera conversación que mantuvieron medió internet, la celestina de la posmodernidad. «Cuando todavía vivía en Rusia, un mes antes de venir, empecé a buscar piso o habitación en España. Pude contactar con Andrey. Me ayudó a encontrar un sitio en Madrid. Dos meses después empezamos a salir», descubre Eva, que aparece en la última temporada de *La casa de papel*. «No tengo texto pero salgo en un plano». Pasaron tres años y catorce días de guerra y son ahora una alianza extraña. «Los dos seguimos a Ilya Varlamov», un bloguero e influencer ruso que contrarresta las operaciones de desinformación del Kremlin. «Se hace eco de todo lo que aparece en los me-



Andrei, ucraniano, abraza a su novia rusa, Eva, en el piso que comparten en Villaverde. ANTONIO HEREDIA.

dios ucranianos y rusos. Cuando lees su canal puedes elegir».

El paisaje que quede a la vista cuando se levante el polvo de la artillería podría hacer impensable una unión como la suya. ¿Qué hace un ucraniano con una rusa? «No pregunto a nadie de dónde viene. Lo importante es la persona y sus pensamientos, no la procedencia», habla él.

La guerra ha difuminado a la madre de Andrey. «No puedo concentrarme. Es imposible pensar en otra cosa que no sea en ella. En qué está haciendo. Si está bien o no. La última noticia que tuve de ella es la despierta el ruido de los bombardeos. No la dejan dormir. Es imposible vivir así». Y está a punto de arruinar a los

padres de Eva. «Mi papá es ingeniero jubilado. Mi madre es emprendedora. Regenta un salón de peluquería. No tienen mucho dinero ahorrado. El rublo no vale casi nada. Lo que tenían ya lo han sacado del banco y es como si no tuvieran nada». Cifra los ahorros de toda una vida en «2.000 o 3.000 dólares. Y ahora no pueden vender el piso, el negocio, ni los coches ni nada. Ni salir del país».

Su actividad en las redes sociales mantiene a Eva alejada de la vida que tenía en Rusia. «No me hablo con mis amigas de allí. He dejado de seguir a muchos conocidos por sus opiniones sobre lo que está ocurriendo».

En la vida analógica tiene contacto con otros ucranianos, que su-

«No me importa el origen. Le doy valor a la persona y a sus ideas»

peran en número a los rusos residentes en Madrid. Según los datos del INE, en Madrid viven 4.715 ciudadanos rusos frente a los 23.352 ucranianos. A veces se encuentran en un supermercado especializado en productos de países del este. «Hablamos un minuto o dos y ya saben que soy una persona normal que no apoya la propaganda.

Es imposible evitar ese tema. Cuando sale, doy mi opinión sincera. Estamos en una guerra y si tengo que decir malas palabras, las digo. ¿Cómo voy a ser delicada si parte de la familia de mi novio, algunos amigos, sus alumnos y sus profesores están sufriendo?».

Andrey prefiere evitarlo. «Sólo hablo con amigos y conocidos rusos», con los que coincide en la parroquia. «No quiero discutir. La gente tiene su verdad. Sus pensamientos. Y como te he dicho, en nuestra iglesia rusa el sacerdote es una persona muy inteligente y muy adecuada y con el resto también se puede hablar». La conversación no es fluida porque vive con una ansiedad lacerante. Algunas respuestas se traban. Utiliza monosílabos. «Es muy duro. Me duele mucho esta situación. Pienso que sólo pueden detenerla los ciudadanos rusos. Los jóvenes que no están pendientes de la propaganda deben salir a la calle a protestar».

Manejan alguna posibilidad de no volver a ver a sus familias nunca más. «No volveré a Rusia. Es bastante probable que me detengan si lo hago», augura Eva. A la madre de Andrey le será difícil eludir la ocupación rusa. «Putin está actuando peor que Hitler».

Sólo una pregunta relaja a Andrey. «¿Os vais a casar?»
 -Puede ser. Nos los planteamos.

Mujeres, niños y personas que se encuentran solas son el perfil mayoritario de los refugiados que vienen desde Ucrania huyendo

Cruz Roja atiende a decenas de refugiados al día en Atocha

de la guerra y que, exhaustos y con mucha fatiga emocional, llegan a la estación de Atocha y son atendidos, en una primera línea, por Cruz Roja, que trata de darles toda la atención física y psicológica que necesitan.

Se trata de un punto inicial de atención que lleva operando en Atocha desde el pasado sábado para poder prestar ayuda a las decenas de personas que llegan diariamente desde Ucrania y que han transitado ya, cansados y con una gran sobrecarga mental, por varios

países europeos. Algunos llegan a Madrid de paso para viajar a otras provincias españolas o a Portugal. El responsable de

Atención Humanitaria de Cruz Roja, Ferrán Blavi, comentó ayer a EFE que la labor 'in situ' de los voluntarios es la de ofrecer «un punto de atención rápida» en la que se pregunta a los refugiados por sus necesidades, se les dota de avituallamiento y se les ayuda a establecer contacto para reagruparlos con sus familias o redes de allegados, si las tuvieran, o bien para entrar en el programa de protección internacional del Ministerio de Inclusión y Migraciones.